

III

De cómo se concierta la continuación de la especie en un barrio aristocrático

Si siguiendo la costumbre en la gente de buena sociedad, los amigos de Lucho dieron a este una comida de contribución para despedirlo de su vida de soltero. Fue una gran comida en cuyo costo tomaron parte casi todos los hombres jóvenes del barrio, los unos con dinero propio, los otros trampeando al prójimo.

El banquete tuvo lugar en el hotel de moda de la ciudad. Fue un acontecimiento de alto mundo, del cual se ocuparon mucho los periódicos, que publicaron hasta el menú y la lista de vinos. Desde antes de sentarse a la mesa, ya todo el mundo estaba borracho. Probablemente no se dieron cuenta de la serie de platos con nombres franceses que fueron servidos.

La cristalería y la plata de los cubiertos chispeaban bajo la profusión de luces, mientras la orquesta tocaba las piezas de moda y las carcajadas y las botellas al ser abiertas estallaban en el aire.

Mientras bebían y comían, se lanzaban bromas obscenas y se contaban cuentos picantes de los viejos del barrio, de las señoritas y matronas. Los mismos hijos, hermanos y maridos, se burlaban de sus respectivos parientes. Había derroche de cinismo elegante, lleno de buen gusto.

Al mismo tiempo que el novio se emborrachaba rodeado de sus amigos, la novia estaba en su casa, en una alcoba virginal, rodeada de sus amigas, perdidas entre las sedas, tules y encajes del *trousseau* pedido a París y que costaba quince mil colones.

En cada mueble, pilas de piezas de los últimos estilos: pijamas de recibir, pijamas de dormir, ropa de cama, mantelería, cortinas. En un sillón, el traje de novia, albo, inmaculado y en su estuche

la camisa de dormir que había de llevar en su noche de bodas, hacía pensar en una nubecilla adornada con un ramito de azahares simbólicos. Las aristocráticas doncellas bromeaban maliciosas y se contaban anécdotas subidas de color que las madres y los padres de las respectivas criaturas, no hubieran creído que pudieran salir de las bocas en flor de sus hijas.

Cada uno de los amigos de Lucho, que dicho sea de paso era uno de los más borrachos, estampó en unas de las tarjetas del menú su firma: dos poetas escribieron unas redondillas alusivas en las que hablaban de las ilusiones de Lucho y de Cristinita y del cielo azul que cobijaría su amor, y la enviaron a la novia con el gran ramo de rosas que adornaba la mesa. Cristinita recibió las flores emocionada, las flores le parecieron frescas y lindas. ¿Quién podía decir que venían de un ambiente de borrachera y que carcajadas y bromas soeces las habían pringado de saliva?

A medianoche, algunos de aquellos distinguidos jóvenes habían rodado bajo la mesa, la conciencia perdida en alcohol; los otros se fueron en automóvil a terminar la noche en una hostería de las afueras de la ciudad.

La hostería era una casa de apariencia inofensiva, pero con un interior sórdido, con unos zaguanes oscuros; por una puerta entreabierta se veía un cuarto con una cama en desorden y sucia en donde dormía un niño de meses con los puñitos apretados bajo el cuello y una mesa en la que un candilito de aceite velaba ante una litografía de la Santísima Trinidad en un buen marco dorado. En el comedor, mesas cubiertas de manteles manchados, con sendos floreros derrengados en compañía de chileros en botellas de encurtidos. El cielo raso estaba adornado con guirnaldas de papel de colores desteñidos y sucios. Rondaban por allí mujeres quemadas por el vicio, vestidas de trajes de un brillo de mal gusto, la cara pintarrajeada. La música de un jazz pirueteaba desganada por aquellos pasillos oscuros y ponía en movimiento de una libidinosidad grotesca a unas parejas. A ese lugar fue a parar la pandilla formada por jóvenes de la crema y nata de nuestra sociedad...

Allí siguieron bebiendo y prostituyéndose el cuerpo y el alma. Allí cogió Lucho aquella sífilis que treinta años más tarde le produjo la parálisis general que se lo llevó hecho un idiota a la tumba, a pesar de sus maneras que nunca desentonaron en un salón o en una mesa en donde se consagra a una persona como cosa distinguida, o como cosa vulgar, según se conduzca a la hora de comer por ejemplo los espárragos. Así se preparó aquel señoritingo de familia de rango, para celebrar su matrimonio. La sífilis que adquirió esa noche fue la causa de los abortos de Cristina, del niño que dichosamente naciera muerto y que aunque era de tiempo, tenía los ojos, las manos y los pies a medio desarrollar. Fue una sífilis que todavía se presentó en los bisnietos de Lucho y Cristinita y que se manifestó en ojos que eran como fuentes de pus, en sorderas, en narices mal olientes, en paladares hendidos y labios leporinos, en raquitismos, obesidad, gigantismo, corazones enfermos, en abortos de carne macerada, y en todas esas monstruosidades, locuras y deformaciones que hielan el pensamiento cuando se medita en ellos.

Lucho y sus amigos estuvieron en la hostelería hasta la madrugada. Los *chaufferes* los sacaron en brazos, hechos unos brutos, que regoldaban alcohol y lujuria. ¡Puah! Los *chaufferes* que no son gente santa los echaron con asco en los carros y los fueron a depositar en sus respectivas mansiones, la mayor parte de las cuales estaban situadas en el aristocrático barrio Cothnejo-Fishy.

* * *

El día de la boda, la residencia Cothnejo-Bonilla parecía cosa de *Las mil y una noches*, según dijeron los cronistas de moda; los jardines hacían pensar en cuentos de hadas. Todo estaba profusamente iluminado, entre los macizos de plantas florecidas, habían mesitas de confituras. Los salones rebosantes de flores, luces, damas y caballeros de nuestro mundo elegante. Allí estaban congregados todos los que creían llevar en las venas sangre azul.

A cierta señal, la orquesta rompió con la Marcha de Tannhauer y se inició el desfile: unas niñitas vestidas según la moda de

no recordamos cuál imperio, aparecieron cuando las puertas del gran salón se abrieron, cada una con su azafate en donde iban las arras y los anillos; seguía el señor obispo lleno de sagrada pompa y luego unas niñitas con alitas en los hombros, regando de flores la senda de los que se iban a desposar; tras ellas las damas de honor vaporosas y armadas de pies a cabeza como trampas encantadoras de cazar marido; inmediatamente después venía la novia que hacía pensar en una azucena con su traje venido en aeroplano y el rostro nimbado por el velo y los azahares, del brazo de su padre, el honorabilísimo don Pedro María Cothnejo rodeado de la aureola de prestigio que le daban las riquezas acumuladas a fuerza de engañar y explotar al prójimo, y a continuación el desfile de madrinas y padrinos, entre los cuales no había una persona que no se sintiera en el peldaño superior de la escala zoológica.

El obispo leyó con su voz de persona que va para la infalibilidad, le Epístola de San Pablo; la sonrisa de la novia era una flor nacarada que se abría entre un campo de nieve (así dijo el cronista de moda en la página que escribió sobre la fiesta); el novio sonreía también despreocupado y galante; todo el mundo sonreía... Y entre las venas del aristocrático novio, acechaba como un espectro el treponema pálido de Schaundinn-Hoffmann, es decir, el bacilo que produce la sífilis. Y ante los nuevos cónyuges se abría el camino que espera a todo matrimonio del corte de los que se verifican en el barrio Cothnejo-Fishy: vivir en una casa en donde el servicio mantiene todo limpio y los azulejos brillantes, si es que hay azulejos, y los bibelots sin polvo; conversaciones femeninas sobre el honor de las otras mujeres y sobre la infidelidad de los maridos, conversaciones masculinas sobre política burguesa y sobre negocios, comentarios alrededor del último enfermo que se fue a operar a Panamá o a Rochester donde los hermanos Mayo; en la mañanas bañarse en las piscinas de moda; jugar tenis, tés, automóvil, artistas de Hollywood, de noche jugar *bridge*, bailes de fantasía infantiles y otros entretenimientos por el estilo.

Los diarios ocuparon varias columnas en la crónica de la fiesta con la lista de padrinos, de damas de honor, de regalos, etc. Lo que no dijeron fue que entre la distinguida concurrencia hubo personas que se llevaron, como cualquier ladrón vulgar, las cajas de confites y algunos objetos de valor, y que jóvenes de muy buena familia asaltaron la cantina, se emborracharon y se llevaron consigo botellas de *whisky* y de *champagne*.

1923